

El Covid-19 y la educación universitaria integral

José Enrique Oyarzún, L.C.

Rector del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y profesor de teología.

El Covid-19 no necesita presentación. Desde el inicio del año 2020 es tema obligado de conversación y reflexión, pues está afectando a casi todos los ámbitos de la vida personal y social. Uno de dichos ámbitos es el de la educación en general y de la universitaria en particular.

Las presentes reflexiones tratan precisamente de la educación universitaria a partir del contexto que estamos viviendo. Parten de una visión general sobre el impacto en la educación para luego centrarse en la universidad y, en un último momento, en la oportunidad que presenta esta situación para una educación universitaria concebida como integral.

1. El impacto del Covid-19 en la educación en general

Según los datos proporcionados por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), hasta el 18 de mayo había 1.725 millones de estudiantes afectados por el cierre de las escuelas. Es decir, el 98% de los estudiantes del planeta. Esto ha supuesto un reto enorme para los educadores de diversos ámbitos geográficos, pues se ha querido mantener activo el proceso de enseñanza-aprendizaje durante el confinamiento. Para este cometido la tecnología ha venido en ayuda, permitiendo superar la distancia física.

Por lo que se refiere a los docentes, en general han mostrado una mentalidad abierta, pues rápidamente han asumido la enseñanza a distancia, dejando aparte algunos titubeos iniciales. En particular, son de alabar los profesores de una cierta edad y con poca experiencia en el uso de la tecnología, pues su condición de “inmigrantes digitales” es una dificultad añadida. Esta actitud positiva contrasta con la evidencia de que no todos están preparados, tanto porque les falta una formación didáctica específica para la enseñanza online, como por la insuficiencia de los instrumentos tecnológicos con los que han contado.

Por otra parte, es de destacar que la digitalización de la educación provocada por el Covid-19 también ha puesto en evidencia algunos problemas

que van más allá de la educación. Entre estos está el de la desigualdad social que, entre cosas, también implica un acceso desigual a la tecnología. Por este motivo, hay millones de estudiantes que de hecho han visto detenido su proceso de instrucción.

2. La transformación de la universidad

En lo específico de la educación universitaria, la crisis del Covid-19 ha provocado un auténtico terremoto. De hecho, son muchos los que afirman que el resultado de esta crisis va a ser la transformación de la Universidad tal como ahora la conocemos¹. Sería una temeridad aventurarse a responder de modo categórico cuando todavía estamos inmersos en la crisis². Sin embargo, hay una convicción compartida entre los diversos pensadores que están hablando sobre el tema: la educación universitaria no va a ser igual a como era antes del coronavirus³. Por ello, cabe preguntarse: ¿qué cambia y qué permanece?

Uno de los elementos de cambio es precisamente el mayor uso de las nuevas tecnologías y de la modalidad a distancia en el proceso educativo. Es un tema en el que ya se estaba trabajando desde antes de la crisis del Covid-19, pero la crisis está acelerando un proceso que, según algunos, debería haber tardado al menos otros cinco años. Tenemos así que ya desde ahora muchas universidades de prestigio están implementando un sistema híbrido o *blended learning*, que no habían previsto a inicios del año 2020. Ahora bien, es un paso que implica retos y oportunidades en lo referente a la formación del profesorado, a las estructuras, al costo de las colegiaturas, a la organización interna, etc. En particular, es un reto pedagógico, pues la digitalización no puede consistir en replicar el método presencial en un formato *online*.

En este contexto, la misma didáctica presencial es llamada en causa. Y es que, aunque hay una convergencia en considerar insustituible la educación presencial, es necesario reflexionar sobre el modo como ésta puede producir

¹ Como botón de muestra cito estas preguntas presentes en algunos artículos recientes: «Will Covid-19 leave universities in intensive care?» (June 25, 2020); «¿Cómo cambiará el coronavirus la educación universitaria?» (14 junio 2020); «Il coronavirus ucciderà l'università per come la conosciamo?» (26 maggio 2020); «Can International Higher Education Survive Covid-19?» (Matt Symonds, June 22, 2020).

² «It is too early to estimate what behavior the offer of higher education will have» (IESALC, April 9, 2020).

³ «We should not go back to the status quo ante coronavirus» (Stephen Parker).

mejores frutos. En este sentido, recientemente un profesor escribía: «Adiós a la tediosa conferencia»⁴.

Quedarse en la transformación digital parece insuficiente o parcial. La crisis del Covid-19 lleva a la universidad a plantearse no solo cómo ofrecer una mejor formación online sino también si está preparando a sus alumnos para responder a circunstancias humanas complejas o solo para afrontar situaciones técnico-especializadas en un área del saber. La pregunta no es baladí, pues de algún modo invita a repensar el concepto mismo de universidad y el tipo de educación que se quiere ofrecer.

¿Por qué? Porque la crisis del Covid-19 es un problema que requiere una respuesta integral. Por una parte, es innegable que el Covid-19 es un problema directamente relacionado con la salud y que, por lo mismo, lo primero que se necesita es una cura. Por otra, las medidas de confinamiento adoptadas por la mayoría de los gobiernos para detener la propagación del contagio tienen diversas implicaciones: económicas, éticas, políticas, sociales, psicológicas, religiosas, etc.

Para encontrar soluciones al problema de salud y a aquellos anejos, la sociedad dirige su mirada a los profesionales. Médicos, científicos, psicólogos, economistas, sociólogos, etc. Todos ellos con una educación formal adquirida en centros de educación superior que los habilitan para desempeñar su profesión. Y es aquí donde nacen algunas preguntas: ¿han sido formados estos profesionales con una mentalidad y con competencias para afrontar los problemas complejos, abiertos a una visión que va más allá del propio ámbito de especialización? ¿Qué lugar ha ocupado en su formación universitaria la “dimensión humana” y social de su profesión? Éstas y otras preguntas sobre la educación de estos profesionales tienen que ver directamente con la universidad.

3. La educación universitaria integral

En este contexto se vislumbra la necesidad de una universidad que ofrezca una educación que no se limite a la capacitación técnica. En otras palabras, una universidad que ofrezca una educación que definiría como integral. Para explicar el tipo de universidad de la que estamos hablando se puede tomar pie de dos imágenes usadas por el Papa emérito Benedicto XVI que definió la universidad como «casa donde se busca la verdad» y como «laboratorio de humanidad».

⁴ Professor Stephen Parker AO National Sector Leader, Education KPMG Australia.

La universidad como «casa donde se busca la verdad» se fundamenta en una precisa concepción de la razón. Se trata de una razón abierta que se reconoce capaz de alcanzar la verdad de las cosas, superando con ello una idea meramente técnica y utilitaria del conocimiento. Es una razón que es condición de posibilidad para una adecuada interdisciplinariedad, pues reconoce la unidad del saber frente a un enfoque fragmentario fomentado por un excesivo hincapié en las especializaciones. Además, fundamenta un diálogo real, pues éste solo tiene sentido si se está abierto a la posibilidad de llegar a la verdad objetiva.

Esta visión puede producir programas universitarios que, sin perder su especificidad técnica, fomentan la adquisición de competencias interdisciplinarias que permiten afrontar problemas complejos que requieren una colaboración interprofesional.

La imagen de la universidad como «laboratorio de humanidad» resalta que ésta es un lugar “humanizante” y no una fábrica de profesionales. Desde esta perspectiva, la educación universitaria profesionalizante se encuadra en el contexto de las diversas dimensiones de la vida humana. Hay que recordar que el universitario es una persona que, mediante la educación y el potenciamiento de sus facultades, está llamado a contribuir al bien común. Ciertamente, la especificidad de la universidad sigue siendo la educación para el ejercicio formal de una determinada profesión. Sin embargo, esta especificidad no resta que se están educando personas. Por lo mismo, los programas educativos deberían contribuir a formar otras dimensiones de la persona, como la responsabilidad social de la propia profesión. Solo así, saldrán de las aulas universitarias profesionales expertos en sus ámbitos y dispuestos a colaborar con el bien común.

Por lo tanto, la crisis provocada por el Covid-19 se convierte en una oportunidad para repensar la misma universidad y el tipo de educación que ofrece. Al mismo tiempo, permite valorizar aquellas universidades que ofrecen una educación integral que, dando por supuesto la profesionalización, forma personas.